

les, las cuales perseveraban ahí para ser educadas hasta que salían para casarse, ocupadas en servir á los ídolos y principalmente á las diosas protectoras del matrimonio. (1)

La plaza del mercado ó tianguiztli quedaba junto al teocalli por el lado oriental. Era tan grande que en un sólo día no podía ser vista toda; alrededor estaba cercada de portales y tiendas, habiendo además unas casas en las cuales asistían tres jueces para sentenciar las diferencias, ayudados por alguaciles ejecutores ocupados en examinar las mercancías. Vendíanse todo género de objetos producidos por las industrias americanas, desde el oro, la plata y ciertos metales, ropas finas y groseras, loza y utensilios, plumas finas, pieles adobadas con primor, todo linaje de mantenimientos en carnes ó legumbres, &c., hasta hienda de hombre preparada para el abono de los campos. Tanta gente acudía á comprar y vender, "que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había, "sonaban más que de una legua, y entre nosotros hubo soldados "que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constanti- "nopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien com- "parada y con tanto concierto, y tamaño, y llena de tanta gente, "no la habían visto." (2) Según uno de nuestros más distinguidos cronistas: "en la plaza ó tianguetz deste Tlatilulco (lugar muy es- "pacioso mucho más de lo que ahora es), el cual se podía llamar "emporio de toda esta Nueva-España, al cual venían á tratar gen- "tes de toda esta Nueva-España, y aun de los reinos á ella conti- "guos, y donde se vendían y compraban todas cuantas cosas hay "en esta tierra, y en los reinos de Quauhtemalla y Xalisco (cosa "cierto mucho de ver). Yo lo vi por muchos años morando en esta "casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como en el tiem- "po de la conquista." (3)

(1) Bernal Díaz, cap. XCII. Respecto de la ubicación del teocalli, nos informa el mismo Bernal Díaz: "A esto doy por respuesta, que desde que ganamos aquella fuer- te y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran Cu habíamos de hacer la iglesia de nuestro patron é guaiador señor Santiago, é cupo mucha parte de solar del alto Cu para el solar de la santa iglesia, y cuando abrían los cimientos para hacerlos más fijos, hallaron mucho oro y plata y chalehi- huis, y perlas é aljofar y otras piedras" Véase García Icazbalceta, Diálogos de Cer- vantes, pág. 201.

(2) Bernal Díaz, cap. XXII.

(3) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.

Estaba en el medio de este tianguetz un gran Cu, edificado á honra de "Vitzilupuchtli, dios de los mexicanos." (1) Esta noticia del sabio franciscano parece referirse al teocalli exterior, pues se- gun uno de los testigos presenciales, lo que existía "era uno como "teatro, que está en medio de ella, (la plaza del mercado), fecho "de cal y canto cuadrado, de altura de dos estados y medio, y de "esquina á esquina habrá treinta pasos: el cual tenían ellos para "cuando hacían algunas fiestas y juegos, que los representantes "de ellos se ponían allí, porque toda la gente del mercado y los que "estaban en bajo, y encima de los portales pudiesen ver lo que se "hacía." (2) Cortés examinó detenidamente aquella construcción, supuesto haberse colocado sobre ella el célebre trabuco, inútil tras tan costosos preparativos. Consta que del mercado salía una calle de agua; (3) había una calle derecha que iba á dar al real de San- doval, teniendo á la izquierda otras calles de tierra; (4) pasaba una calle de agua cerca y por delante del tianguetz, y de aquí partían calles para el espacio en donde sucumbieron los méxica. (5)

Como templos ó edificios de Tlatelolco encontramos el Xacacul- co ("que ahora se llama Santa Ana"), situado en el barrio de Za- coalco ("que es donde agora está la iglesia de Santa Ana"), en cuyo palacio permanecieron Cuauhtemoc y Mazehuatzin, señor de Cui- tlahuac, durante el principio del asedio de Tlatelolco. (6) El Tla- cuchcalco ("en que estaba una casa que era como casa de audiencia, cerca de donde agora es la iglesia de Santa Ana"); el barrio se llama- ba igualmente Tlacuchcalco. (7) El templo y barrio de Xocotitla, por otro nombre Cihuatecpa ("que es agora San Francisco"). (8) Co- yonacazco, ("cerca del hermita de Santa Lucía, ("que por otro nom- bre se llama Amaxac") (9) "Prosiguiéndose la guerra entre los mexi-

(1) Sahagun, loco, cit.

(2) Cortés, cartas de relac. pág. 289 y sig.

(3) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 280.

(4) Cartas de relac. pág. 287.

(5) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.

(6) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIV y XXXVII.

(7) Sahagun, lib. XII, cap. XXXV.

(8) Sahagun, lib. XII, cap. XXXV. Este barrio de Tlatelolco corresponde á la glesia actual de San Antonio Tepito, llamado San Francisco en los antiguos planos de la ciudad de México.

(9) Sahagun, lib. XXII, cap. XXXV. La ermita de Santa Lucía ha desaparecido;

“canos y los españoles, siempre les iban ganando tierra los españoles á los mexicanos, y los iban arrinconando hacia el lugar donde finalmente les dieron mate, en un rincón deste Tlatilulco, que se llama Tetenantitech, donde ahora está edificada la iglesia de la Concepción de la Madre de Dios Nuestra Señora Santa María.”

(1) Menciónase un templo llamado Momozco, que nos parece ser diverso del Momoztli colocado en el centro del tianquiztli. El templo y barrio de Apahuaztlan, hasta donde fué metida el agua en tiempo de Ahuitzctli, “que ahora es barrio de Tlatilulco Santiago, en la albarrada que ahora está allí detras de la ermita de la Asunción de Nuestra Señora.” (2)

La calzada boreal remataba en el Tlatelolco, en el barrio nombrado Coyonacazco; (3) es la misma nombrada ahora calzada de Nuestra Señora de Guadalupe, y comenzaba al pié de la serrezuela nombrada Tepeyaca, dicha por los españoles Tepeaquilla. Al principio, en la tierra firme, estaba el templo de la Toci, sirviendo el fuego encendido ahí por las noches de fanal para nautas y caminantes.

Segun los cómputos más probables la ciudad contaba unos 60,000

para identificar el lugar nos hemos valido del mapa antiguo que se encuentra en la obra intitulada: Voyage en Californie pour l'observation du passage de Venus sur le disque du soleil, &c. Paris, M. DCCLXXII.

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII. El mismo autor, cap. XXXIX, afirma que los españoles arrinconaron á los mexicanos en el barrio de *Tetenamitl*, “cabe la Concepción.” Inferimos de aquí, llamarse el teocalli del calpulli Tetenantitech, y el barrio Tetenamitl, á no ser que una de las dos palabras esté estropeada. La iglesia de la Concepción, no es la existente aún en el barrio de Santa María; la de Tlatelolco desapareció, habiendo podido rectificar su ubicación por el plano antiguo, citado en la nota anterior. Hoy todavía lleva aquel rumbo el nombre de Barrio de la Concepción Tequizpeca. En esta demarcación, pues, vinieron á quedar acorralados los mexicanos antes de rendirse; se confirma lo dicho, con que el trabuco para combatirlos fué colocado sobre el Mumuztli del centro de la plaza del mercado (Sahagun, lib. XII, cap. XXXIX), lo cual supone no estar muy distantes del tianquiztli. El Sr. Ramírez, apud Prescott, tom. 2, pág. 104 del apéndice, dice: “El terreno en que se vieron encerrados los mexicanos durante los últimos días del asedio, era el estrecho que se estiende del Carmen á Santa Ana.”

(2) Tezozomoc, Crón. mexicana, cap. 80 MS. La localidad está todavía marcada en el antiguo plano que consultamos, distinguida con el nombre de Santa María Acaguaztla.

(3) Tezozomoc, Crón. mexicana, cap. 69. MS.

hogares ó 300,000 habitantes. (1) Siendo esto verdad, la población debía estar aglomerada en las habitaciones, pues faltaba espacio, ya que la isla estaba en buena parte ocupada por los teocalli, palacios, viviendas de los sacerdotes, casas de educación y jardines. Si resultaba de aquí la poca comodidad doméstica de la gente menuda, en cambio la ciudad presentaba un grandioso aspecto, vistas magníficas, y extraordinaria animación en los mercados y por las calzadas de tierra, así como en los lagos surcados constantemente por muchos millares de canoas. (2)

Hemos querido en este capítulo reconstruir hasta donde es posible la topografía de la ciudad azteca; la belleza de sus edificios, las impresiones recibidas por quienes todo el conjunto vieron, dejamos algunas de ellas consignadas en sus respectivos lugares. Antes de alzar la mano de este diseño, entraremos en una breve discusión. “Por mucho que nuestra imaginación se esfuerce, dice un distin-

(1) Cortés nada dice acerca de la población de la ciudad india.—El Conquistador anónimo, apud García Icazbalceta, Documentos, tom. 1, pág. 390, escribe: “La mayor parte de los que la han visto juzgan que tiene sesenta mil habitantes, ántes más que ménos.” Segun la nota del traductor, Sr. García Icazbalceta puesta á este pasaje, debe haber un error: así lo había notado ya Clavigero, tom. 2, pág. 67, nota, escribiendo: “Es cierto que en la traducción italiana del conquistador anónimo se traduce 60,000 habitantes por 60,000 vecinos, debiendo decir *fuegos*, pues de otro modo se diría que Cholula, Xochimilco, Itzamalapan, y otras ciudades eran más populares que México.” En la carta de Alonso Zuazo al P. Fr. Luis de Figueroa, prior de la Mejorada, apud García Icazbalceta, Doc. tom. 1, pág. 366, se encuentra: “Está la ciudad de México ó Tenestutan, que será de sesenta mil vecinos.” —“Tenustitanam ipsam inquit sexaginti circiter esse millia domorum.” Pedro Mártir, dec. 5, cap. 3.—“Los moradores y gente era innumerable.” Motolinia, trat. III, cap. VIII.—“Era México, cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas, las del rey, de los señores y cortesanos, son grandes y buenas; las de los otros, chicas y ruines, sin puertas, sin ventanas, mas por pequeñas que son, pocas veces dejan de tener dos, y tres, y diez moradores; y así hay en ella infinitísima gente.” Gomara, Crón. cap. LXXVIII.—“Tenía sesenta mil casas, las cuales no tiene ahora.” Herrera, dec. II, lib. VII, cap. XIII.—“Dícese de esta ciudad que cuando entraron los españoles en ella, tenía ciento y veinte mil casas, y en cada una, tres y cuatro, y hasta diez vecinos, por manera que á esta cuenta eran sus vecinos, más de trescientos mil.” Torquemada, lib. III, cap. XXIII.—“El circuito de la ciudad, no comprendidos los arrabales, era de más de nueve millas, y el número de las casas, sesenta mil, á lo ménos.” Clavigero, tom. 2, pág. 67.—El número de los habitantes de la antigua México se hace subir á trescientos mil. García Icazbalceta, Diálogo de Cervantes, pág. 73.

(2) Carta de Zuazo, loco cit.

gnido escritor, (1) en figurarse la antigua México como una ciudad magnífica; todos los hechos históricos positivos lo contradicen. Aun cuando no pueda alegarse como una razón admisible la brevedad con que se redujo á ruinas, casi en totalidad, durante el sitio, no habiendo quedado en pié de toda ella más que una octava parte, según el testimonio de Cortés y de Bernal Díaz, porque ciento y cincuenta mil hombres ocupados en destruir durante dos meses derriban mucho, aunque no tengan los medios de desolación que ahora conocemos; pero habrían quedado fragmentos, y los mismos escombros atestiguarían esta magnificencia, si la hubiera habido. Roma ha sido destruida tantas veces, que su antiguo pavimento está diez ó doce varas más bajo que el piso actual; pero por todas partes se ven restos de las paredes de los templos, trozos de mármoles, pedazos de columnas y de estatuas que forman los postes de las calles, y grandes espacios de empedrados hechos con fragmentos de pórfido y granito: casi toda la magnificencia de los edificios modernos de aquella gran ciudad es debida á las columnas, á las estatuas, en una palabra, á los despojos de los monumentos antiguos. Nada de esto se ve en México, y si hubiera habido esas columnas, esos suntuosos edificios de que se nos habla, no habrían perecido hasta sus ruinas, y éstas habrían servido para los edificios que de nuevo se hicieron, aun cuando no hubiera sido más que por excusar el trabajo de traer nuevos materiales de las canteras. Recogiendo por otra parte algunos hechos esparcidos en las relaciones de los combates que se dieron dentro de las calles de la ciudad, vemos entre otras cosas, que Cortés construyó su célebre máquina llamada *manta*, para explorar ántes de su salida de la capital, la calle de Tacuba que era una de las principales, y esta *manta*, que se reducía á una torre portátil que rodaba sobre cuatro ruedas, dominaba sobre todas las casas de una de las mejores partes de la población. De este hecho incontestable, y de la falta de fragmentos y ruinas de los edificios antiguos que prueban su pretendida magnificencia, debemos en buena crítica concluir, que la antigua México, á excepción de los palacios reales, que Moctezuma dijo á Cortés que eran de piedra común y algunos edificios principales, se componía casi en su totalidad de casas bajas de adobe, como las de los pueblos,

(1) Alaman, Disertaciones sobre la Hist. de la República Mexicana, tom. I, pág 184.

que en vez de puerta tenían un petate colgado y enrollado á la entrada, sobre las cuales sobresalían en gran número las pirámides truncadas de los templos, masas pesadas y sin ninguna elegancia arquitectónica, rodeadas por unas plazas circundadas por un muro adornado con culebras enroscadas y otras figuras horribles, sobre el cual se veían en largas hileras, ensartadas por las sienes, las cabezas de las víctimas que habían sido sacrificadas, y de las cuales un español que se entretuvo en averiguar el número de las que había al rededor del templo mayor, según refiere Bernal Díaz, contó ciento y treinta mil."

Hasta aquí el Sr. Alaman. Duélenos verdaderamente el alma al encontrar tan absurdas argumentaciones en tan hábil escritor; y tanto más, cuanto sus reflexiones van enderezadas á sacar dos consecuencias: la una tácita, que nada se perdió en la destrucción de la ciudad india; la otra expresa: "La nueva ciudad fundada por Cortés excedió en breve sin dificultad en hermosura á la antigua, y aunque por largos años distase mucho de ser lo que ahora es, según veremos en el curso de esta obra, mereció con razón llamarse una de las más hermosas del mundo." El autor reconoce la verdadera causa de no haber quedado piedra sobre piedra en ninguno de los edificios de la ciudad; ciento cincuenta mil zapadores, ocupados diariamente por espacio de dos meses en quemar y destruir las construcciones, aprovechando los escombros para cegar acequias y canales hasta allanar el suelo al paso franco de la caballería, debieron no dejar un sólo muro enhiesto, quedando la isla como campo arable: únicamente resistieron á semejante destrucción las sólidas pirámides de los grandes teocalli. Comparar Roma, emporio del mundo civilizado, con Tenoxtitlan, capital de un imperio semicivilizado en América, se nos antoja ciega injusticia y notoria parcialidad. Tampoco cabe comparación entre las destrucciones de ambas ciudades; Roma sufrió los males consiguientes á la guerra de los pueblos bárbaros, males inmediatamente después reparados; México pereció bajo una devastación sistemática, constante, sin misericordia. En Roma, la civilización de los vencidos se comunicó á los vencedores; los fragmentos sacados de las ruinas, mármoles y trozos de columnas y estatuas, fueron recogidos y conservados por todos, como muestras de un arte adelantado, igualmente querido para el mundo. En México se pusieron en presencia dos razas sin afinidad alguna: los ven-

cedores eran superiores por el saber, la religion y las costumbres, despreciables para ellos los conocimientos indios por pertenecer á salvajes, horrorizados de aquel culto sangriento, atentos únicamente á extirpar lo antiguo para implantar lo nuevo, natural fué que, midiéndolo todo con el mismo rasero, se apresurara á aniquilarlo todo, por inútil y repugnante. Trozos de mármoles, pedazos de columnas y de estatuas, en el sentido que tienen estas palabras en las artes griegas y romanas, no las podía haber en las artes aztecas. El suelo ha dejado escapar en escavaciones hechas por motivos casuales, inmensos trozos de pórfido y de traquita esculpidos con primor, representando monstruosos simbolismos, piedras votivas, conmemoraciones históricas, dioses, cómputos astronómicos; ello revela una civilización adelantada, si bien no de la especie misma de la europea; una ciudad de grandes edificios, en los cuales semejantes monolitos pudieran tener cabida; fábricas sólidas para sustentar aquellas masas; cierta grandiosidad en las construcciones; adelantos muchos en la arquitectura, en la mecánica, en la decorativa, etc., ya que carecían del auxilio del hierro y de las máquinas. México ha visto salir de sus escombros fragmentos suficientes para acreditarse como gran ciudad india; y casi todos fueron siempre aniquilados por los blancos.

No se pretenda, por lo dicho, sea nuestro intento pintar á Tenochtitlan como magnífica población; exclusivamente queremos formarnos acertado juicio acerca de lo que fué, sin exageración ni mentira. Para ello son suficientes *los hechos históricos positivos*; el testimonio de los testigos presenciales, los dichos de las relaciones contemporáneas, los fragmentos recogidos en épocas diversas, la tradición histórica, todo lo cual viene confirmando que en la destrucción de la capital azteca se perdió mucho para la ciencia. Por otra parte, al reconstruirse la puebla para otras gentes y otras costumbres, cuanto pudiera haber quedado en pie fué demolido para aprovechar los materiales; las grandes piedras fueron quebradas para meterlas en las construcciones, y durante tres siglos, casas, templos y palacios, han sido varias veces renovados; y el piso de la ciudad cambia y sube año por año; y las grandes esculturas que había en calles y casas fueron mandadas picar por un arzobispo; y particulares y gobiernos aniquilaron cuantos objetos antiguos les vinieron á las manos; y la destrucción ha durado por tres siglos

y dura todavía: lo poco escapado es demasiado, supuesta la furia con que se le persiguió en tiempos antiguos y modernos.

Terminamos. Tampoco es cierto que la ciudad fundada por Cortés fuera mejor que la antigua. Consta por el testimonio de Rodrigo de Albornoz, en carta dirigida al emperador, de Temixtitlan á 15 de Diciembre de 1525, haber entónces "casi ciento cincuenta casas de españoles," (1) de las cuales sólo eran de mediana importancia las de Cortés, Alvarado y pocos capitanes más, estando todas derramadas y dispersas entre acequias sucias, y manzanas incompletas por los solares no concedidos, ó bien llenas de tápias de adobe: arquitectos y albañiles habían sido los mismos indios. Sabemos la importancia de la ciudad en 1554, por Cervantes. (2) Es absolutamente falso que las *mantas* dominaban los edificios de la ciudad. Cortés escribe: "y llegados á una puente, pusimos los ingenios (*las mantas*), arrimados á las paredes de unas azoteas, y *ciertas escalas que llevábamos para subir*; y era tanta la gente que estaba en "defensa de la dicha puente y azoteas, y tantas las piedras *que de arriba tiraban*, y tan grandes, que nos desconcertaron los "ingenios. (3)

(1) García Icazbalceta, apud Documentos, tom I, pág. 506.

(2) García Icazbalceta, Diálogos, pág. 71 y sig.

(3) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 137.